

tico hace reclutar alrededor de su bandera sangrienta mayor número de tigres, y hace marchar hordas de verdugos sobre el vientre de las naciones destrozadas!

Excusado es decir que esto no era hacer por mi parte la corte al Poder.

En aquella época, en pleno régimen napoleónico, un tal juicio era mirado de bastante mala manera, y parecía manchado de peligrosa independencia. Yo fui clasificado, por lo demás con razón, en el número de los apóstoles del pacifismo, y, aunque no estaba afiliado a ninguna sociedad me comprometieron a asistir a más de un congreso, especialmente al de Lausanne, en 1869, en el que tuve el honor de encontrarme con Victor Hugo. Las ideas de paz general y de arbitraje parecían entonces bien lejanas de una realización posible. Había hombres — y los hay siempre — que no estimaban más que el argumento de los puños. Por otra parte, es bien cierto que, para ser eficaces, estas ideas deben predicarse lo mismo en Francia que en los demás países, y deben difundirse simultáneamente por todos los pueblos. Esto es lo que hacía mi libro, cuya primera traducción extranjera fué una traducción alemana.

XIII

El espiritismo. — Me lanzo en este estudio. — Allan Kardec — Los medios. — Experiencias de Victor Hugo en Jersey. Madame de Girardin. — Augusto Vacquerie. — Eugenio Nus.

Este libro hacía remover más de una idea. Anteriormente se ha visto, entre los artículos citados, la conclusión del de Allan Kardec. En aquella época (1862), el estudio del espiritismo me ocupaba una buena parte de mis horas de ocio. Anteriormente he hablado sobre mis turbaciones y mis angustias sobre nuestro destino después de la muerte. Habiendo oído hablar de experiencias que parecían aportar un elemento nuevo a esta grave investigación, me precipité por esta vía. En el mes de noviembre de 1861 observé bajo las galerías del Odeón un libro titulado *Le livre des Esprits*, por Allan Kardec, en el que la vida futura y los otros mundos están descritos por suposición por espíritus que los conocían. Después de haberlo hojeado, no sin extrañeza, lo compré y lei con avidez, y, queriendo darme cuenta de los hechos expuestos, entré inmediatamente en relación con el autor y asistía a todas las sesiones de la sociedad espiritista, de que él era

presidente. Hice al mismo tiempo conocimiento con un medio de efectos físicos, Mlle Huet, a cuyo salón iban hombres de alta distinción, tales como MM. de Courtépée, Émile de Bonnechose, Théophile Gautier, Arsène Houssaye, Louis de Noiron, Henry Delaage, d'Escodoca de Boisse, director de la Imprenta imperial, Oscar Commettant (incrédulo cerrado), Victorien Sardou, convencido desde hacía mucho tiempo, P. F. Mathieu, escritor y poeta, el editor Didier, etc.; también iba un periodista muy espiritual, Jules Lecomte, más bien indiscreto, porque todo el mundo sabía que había sucedido momentáneamente a Neiperg en las distinciones de la veleidosa María Luisa. En aquellas sesiones se podía ver una mesa de comedor levantarse enteramente o dar, sin causa aparente, choques sonoros y ritmados según diferentes aires; también se recibían, por el mismo procedimiento de golpes, dictados sobre diferentes asuntos que no se podían explicar por actos voluntarios de las personas presentes. Este nuevo mundo me intrigó y redacté hasta memorias de las sesiones en dos pequeños volúmenes. Durante varios años seguí con el mayor interés todas aquellas experiencias.

Como mis lectores pueden suponer, mis investigaciones no han resuelto hasta ahora el gran problema; pero nos conducen a admitir la existencia de fuerzas desconocidas y facultades del alma hasta ahora inexplicadas. Sin volver sobre los hechos y las teorías publicadas en varias de mis obras, este es quizás el lugar a propósito para explicar algunas de las experiencias del mismo orden hechas por Victor Hugo en Jersey, las cuales no me he podido explicar jamás; ellas completarán lo que yo había ya escrito sobre

este punto, e interesarán especialmente a una clase particular de lectores y mostrarán que existe en ello verdaderamente un estudio digno de atención bajo el punto de vista psicológico así como bajo el punto de vista físico. He aquí el resumen, según Augusto Vacquerie (1) :

En el otoño de 1863, Mme de Girardin fué a pasar diez días en casa de Victor Hugo, en Jersey.

¿Era su próxima muerte la que le había hecho volver la vista hacia la vida extra-terrestre? Esta señora estaba muy preocupada por el asunto de las mesas parlantes.

Creía en ello firmemente y pasaba sus noches evocando los muertos. Sin saberlo ella misma, su preocupación se reflejaba hasta en su trabajo; el asunto de *La alegría da miedo*, ¿no es un muerto que vuelve?

Quería en absoluto que se creyese con ella. El mismo día de su llegada costó bastante trabajo hacerle esperar hasta el fin de la comida; se levantó de la mesa desde los postres y llevó consigo a unos de los convidados al *locutorio*, donde atormentaron a una mesa que permaneció muda. Echó la culpa a la mesa cuya forma cuadrada contrariaba al flúido (¿?). Al día siguiente compró ella misma, en un almacén de juguetes de niños, una mesita redonda de un sólo pie, terminado por tres garras, que puso sobre la mesa grande.

Se le hicieron preguntas y la mesa respondió. La respuesta era breve, una o dos palabras lo más, vacilantes, indecisas y algunas veces incomprensibles. ¿Era que nosotros no comprendíamos? El modo de traducir las respuestas se prestaba a error. He aquí cómo se procedía: Se nombraba una letra del alfabeto, A, B, C, etc., a cada golpe que daba el pie de la mesa; cuando la mesa se paraba, se marcaba la última letra nombrada. Pero frecuentemente se paraba la mesa de una manera indecisa sobre una letra, había por consiguiente engaño y entonces se anotaba la precedente o la siguiente; mezclándose la

(1) *Les Miettes de l'Histoire*, Paris, 1863.

CAROLINA ALFONSIÑA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

inexperiencia e interviniendo Mme de Girardin lo menos posible para que el resultado fuera menos sospechoso, todo se embrollaba.

Yo no había sido todavía más que testigo; era preciso ser actor a mi vez; estaba tan poco convencido, que trataba el milagro como un asno sabio al que se le hace adivinar « la joven más juiciosa de la reunión », y dije a la mesa: « Adivina la palabra que pienso ». Para hacerme cargo de la respuesta desde más cerca, me senté a la mesa con Mme de Girardin. La mesa dijo una palabra; era la mía. Mi dureza no se ablandó por eso. Me dije que la casualidad había podido hacer saber la palabra a Mme de Girardin, y ésta haberla dicho a su vez a la mesa. Me había sucedido a mí mismo, en un baile de la Opera, decir a una mujer en dominó que yo la conocía, y, como ella me preguntara su nombre de bautismo, le dije al azar un nombre, que resultó ser el suyo verdadero; y aun sin invocar al azar, bien pude, al paso de las letras de la palabra, demostrar, a mi pesar, en los ojos o en los dedos, algún movimiento que las hubiera denunciado. Volví pues a empezar la prueba; pero para estar cierto de no descubrir el paso de las letras por una presión maquinaal o por una mirada involuntaria, abandoné la mesa y le pedí, no la palabra que pensaba, sino su traducción. La mesa dictó: « Tú quieres decir *sufrimiento* ». Yo pensaba *amor*.

No quedé todavía persuadido. Suponiendo que se ayudara a la mesa, el sufrimiento es de tal manera el fondo de todo, que la traducción podía aplicarse a cualquiera palabra que yo hubiera pensado. *Sufrimiento* hubiera traducido grandeza, maternidad, poesía, patriotismo, etc., tanto como *amor*. Yo podía todavía ser víctima, a la sola condición de que Mme de Girardin, tan seria, tan generosa, tan amada y moribunda, hubiera atravesado el mar para engañar proscritos.

Muchos otros imposibles habían sido creíbles antes de aquél; pero me había empeñado en dudar hasta la injuria. Otros preguntaron a la mesa y le hicieron adivinar su pensamiento o incidentes conocidos por ellos solos; de pronto pareció impacientarse por aquellas preguntas pue-

riles y empezó a agitarse como si tuviera alguna cosa que decir. Su movimiento llegó a ser brusco y voluntario como una orden.

— ¿Está siempre ahí el mismo espíritu? preguntó Mme de Girardin.

La mesa respondió *no*.

— ¿Quién eres tú?

La mesa respondió el nombre de una muerta que vivía entre todos los que estaban allí (1).

Aquí renunciaba la desconfianza; nadie hubiera tenido el corazón ni la impudencia de hacerse ante nosotros un tablado de feria de aquella tumba. Una superchería era ya bien difícil de admitir, ¡pero una infamia!... La suposición se hubiera engañado a sí misma. El hermano preguntó a la hermana, que salía de la muerte para consolar el destierro; la madre lloraba y una inexplicable emoción oprimía todos los pechos; yo sentía distintamente la presencia de la que yo había arrancado al duro vendaval. ¿Dónde estaba ella? ¿Nos amaba siempre? ¿Era dichosa? Ella respondía á todas las preguntas, o respondía que le estaba prohibido responder. La noche se pasaba y continuábamos allí con el alma clavada sobre la invisible aparición. Por último nos dijo: « Adiós », y la mesa no volvió a moverse.

Empezaba a amanecer; subí a mi habitación y, antes de acostarme, escribí lo que acababa de ocurrir, ¡como si estas cosas pudieran olvidarse! Al día siguiente, Mme de Girardin no tuvo necesidad de solicitarme, sino que, por el contrario, yo fui quien la conduje hacia la mesa. También se pasó aquella noche en claro. Mme de Girardin partió por la mañana, la acompañé al barco y cuando se soltaron las amarras me gritó: « Hasta la vista! » No la volví a ver más; pero la volveré a ver.

La partida de Mme de Girardin no hizo cesar las experiencias de Jersey.

El modo de comunicación continuó por el mismo pro-

(1) Leopoldina Hugo (esposa de Carlos Vacquerie), ahogada en el Sena en Villequier con su marido, algunos meses después de su matrimonio (1843).

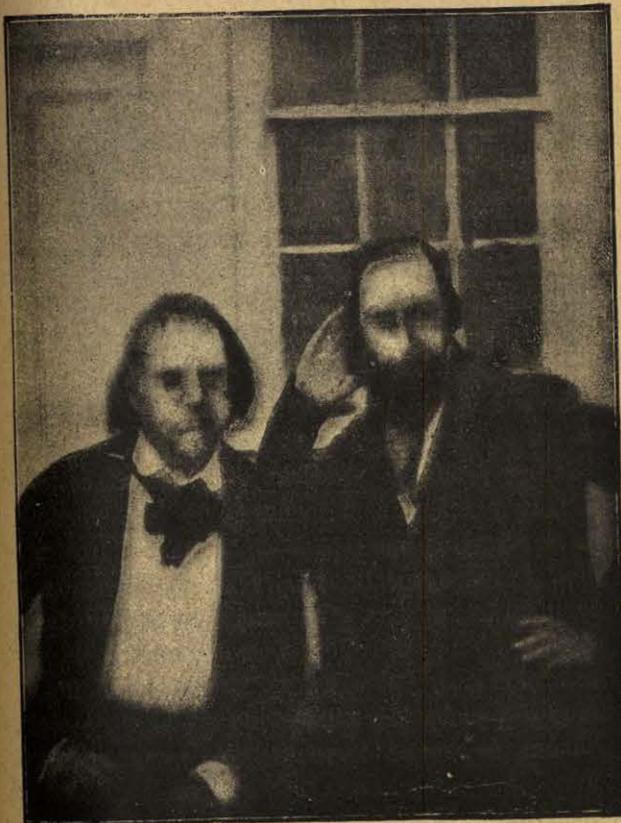
cedimiento primitivo que, simplificado por la costumbre y por algunas abreviaturas convenidas, tuvo bien pronto toda la rapidez deseada. Se hablaba corrientemente con la mesa; el ruido del mar se mezclaba a aquellos diálogos, cuyo misterio se aumentaba con el invierno, la noche, la tempestad y el aislamiento. Ya no eran solamente palabras las que respondía la mesa, sino frases y páginas. »

Tal es el relato de Augusto Vacquerie. Durante algún tiempo creyó en los espíritus de las mesas, pero después dejó de creer en ellos. Las notas de estas sesiones, escritas de mano de Victor Hugo, que se había constituido en secretario, forman tres grandes cuadernos, que existen todavía, pero que jamás han sido dados a la imprenta. Yo los he tenido en mis manos en 1898, gracias a la amabilidad de M. Paul Meurice, ejecutor testamentario de Victor Hugo, que se dignó comunicármelos, y cuyos extractos publiqué por primera vez en 1899, en los *Annales politiques et littéraires*. Después volveré a hablar de esto.

Aquellas sesiones empezaron en el mes de septiembre de 1853 y continuaron hasta julio de 1855; duraron pues cerca de dos años. Los experimentadores habituales eran : Victor Hugo, Mme Victor Hugo, sus hijos Carlos y Francisco, Augusto Vacquerie, Teófilo Guérin, Julio Allix, la hermana de éste y algunos desterrados de paso en la hospitalaria casa del poeta. Victor Hugo me entretuvo en estas sesiones personalmente varias veces en París, algunos años antes de su muerte; no había cesado de creer en las manifestaciones de los espíritus. Julio Allix, que fué en 1900 a visitarme en Juvisy, estaba más convencido aún en la existencia de aquellos « espíritus » que,

según parece, le habían jugado más de una mala pasada.

He aquí cómo ocurrían las cosas.



VICTOR HUGO y A. VACQUERIE, en Jersey.

La señora de Victor Hugo y uno de sus hijos, Carlos o Francisco, estaban casi siempre en la mesa; Vacquerie y algunos otros, alternativamente; Hugo, casi

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

nunca, porque desempeñaba el papel de *secretario*, y describía en otra mesa, según me aseguró M. Paul Meurice, en cuartillas que se han conservado, lo que dictaba la mesa. Esta daba simplemente golpes con el pie, y nombraba las letras a cada golpe : A, B, C, D, como Vacquerie acaba de exponer.

En general, la mesa anunciaba la presencia de poetas y autores dramáticos, principalmente Esquilo, Shakespeare, el Dante, Camoëns, Molière, y otros personajes como Lutero, Galileo, Alejandro el Grande, etc. Pero la mayor parte de las veces, cuando se habían anunciado y se les interrogaba sobre una cuestión cualquiera, no eran ellos los que respondían; en lugar del nombre que se esperaba, la mesa golpeaba el de un ser imaginario, que no había existido jamás, tal como por ejemplo la *Idea*, o el de la *Sombra del Sepulcro*, que se repetía con mucha frecuencia.

Galileo firmó sin embargo en aquellas sesiones páginas verdaderamente bellas sobre la astronomía. Así he recorrido una especie de trilogía en tres capítulos de los que el último es de una elevación, de una nobleza, de una grandeza y de una transcendencia sublimes. Entre otras, se admira en ella esta afirmación : « Todos los millares de millones de mundos y todos los millares de millones de siglos adicionados hacen 1; EL TOTAL DE TODO, ES LA UNIDAD ». Este último capítulo está firmado por la *Sombra del Sepulcro*.

Un día, los « espíritus », que respondían frecuentemente en verso a las preguntas que se les hacían, pidieron que se les interrogara asimismo en verso. Victor Hugo declaró que no sabía improvisar de aquella manera, y pidió transferir la sesión para el

día siguiente. En el intervalo, preparó dos preguntas, la una de simple curiosidad, según dijo, y la otra más grave. Al día siguiente, habiendo Molière anunciado su presencia, el autor de la *Leyenda de los siglos* le dijo :

**Les Rois et vous, là-haut. changez-vous d'enveloppe?
Louis quatorze au ciel n'est-il pas ton valet?
François premier est-il le fou de Triboulet,
Et Crésus le valet d'Esopo?**

Molière interrogado así no respondió.

— ¿Quién está pues ahí?

— La Sombra del Sepulcro.

Y ésta, ajena a todo sentimiento de admiración por el poeta, le replicó, en el tono de un maestro de escuela a un alumno, respondiéndole :

**Le ciel ne punit pas par de telles grimaces,
Et ne travestit pas en fou François premier.
L'enfer n'est pas un bal de grotesques paillasses,
Dont le noir Châtiment serait le costumier.**

Un poco desconcertado por la familiaridad de la lección, Victor Hugo hizo su segunda pregunta, dirigida igualmente a Molière, cuya presencia le parecía indiscutible :

— Molière está ahí, dijo, porque ha dado antes su nombre, pero no ha querido responder. ¡Molière!, ¿es a ti a quien interrogo?

Y he aquí los tres hermosos versos que pronunció ante el invisible :

VICTOR HUGO A MOLIÈRE

**Toi qui du vieux Shakspeare as ramassé le ceste,
Toi qui, près d'Othello, sculptas le sombre Alceste,
Astre qui resplendis sur un double horizon.
Poète au Louvre, Archange au Ciel, ó grand Molière!**

CARILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Ta visite splendide honore ma maison.
 Me tendras-tu là-haut ta main hospitalière ?
 Que la fosse pour moi s'ouvre dans le gazon !
 Je vois sans peur la tombe aux ombres éternelles,
 Car je sais que le corps y trouve une prison,
 Mais que l'âme y trouve des ailes !

Se espera, y Molière no responde, sino otra vez la Sombra del Sepulcro, y verdaderamente, nadie puede leer esta respuesta sin llamarle la atención su irónica grandeza :

LA SOMBRA DEL SEPULCRO A VICTOR HUGO

Esprit qui veut savoir le secret des ténèbres
 Et qui, tenant en main le terrestre flambeau,
 Viens, furtif, à tâtons dans nos ombres funèbres,
 Crocheter l'immense tombeau !
 Rentre dans ton silence, et souffle tes chandelles !
 Rentre dans cette nuit dont quelquefois tu sors :
 L'œil vivant ne lit pas les choses éternelles
 Par-dessus l'épaule des morts !

La lección era dura. Parece que Victor Hugo arrojó en aquel instante su cuaderno, se levantó furioso y abandonó la sala, indignado de la conducta de los espíritus con respecto a él. El ilustre maestro no había sido jamás tratado con una altivez tan descomulgada.

He aquí otro documento firmado por el poeta griego Esquilo :

Non, l'homme ne sera jamais libre sur la terre,
 C'est le triste captif du bien, du mal, du beau.
 Il ne peut devenir, c'est la loi du mystère,
 Libre qu'en devenant prisonnier du tombeau.
 Fatalité, lion dont l'âme est dévorée,
 J'ai voulu te dompter d'un bras cyclopéen.
 J'ai voulu sur mon dos porter la peau tigrée.
 Il me plaisait qu'on dit : Eschyle néméen.

Je n'ai pas réussi, la bête fauve humaine
 Déchire encor nos chairs de son ongle éternel.
 Le cœur de l'homme est plein encor de cris de haine.
 Cette fosse aux lions n'a pas de Daniel.
 Après moi vint Shakspeare ; il vit les trois sorcières,
 O Némée, arriver du fond de ta forêt,
 Et jeter dans nos cœurs, ces bouillantes chaudières,
 Les philtres monstrueux de l'immense secret.
 Il vint dans ce grand bois, la limite du monde.
 Après moi, le dompteur, il vint lui, le chasseur,
 Et comme il regardait dans son âme profonde,
 Macbeth cria : *Fuyons !* et Hamlet dit : « J'ai peur ».
 Il se sauva. Molière, alors sur la lisière,
 Parut et dit : « Voyez si mon âme faiblit :
 Commandeur, viens souper ! » Mais, au festin de Pierre,
 Molière trembla tant, que don Juan pâlit.
 Mais que ce soit le spectre, ou la sorcière, ou l'ombre,
 C'est toujours toi, Lion, et ta griffe de fer.
 Tu remplis tellement la grande forêt sombre
 Que Dante te rencontre en entrant dans l'enfer.
 Tu n'es dompté qu'à l'heure où la Mort belluaire
 T'arrache de la dent l'âme humaine en lambeau,
 Te prend, dans ta forêt profonde et séculaire,
 Et te montre du doigt ta cage, le tombeau !

Estas comunicaciones, dictadas por la mesa de Jersey, son verdaderamente de una gran elevación de pensamiento y de una admirable lengua. El autor de las *Contemplaciones* ha creído siempre que allí había un ser exterior independiente de él, y a veces hasta hostil, discutiendo con él y dejándole clavado en su puesto. Recorriendo estos tres cuadernos, no he podido sin embargo desterrar la idea de que aquello era « del Victor Hugo ».

Y ahora, ¿qué explicación dar á estos hechos?

La mesa que dicta estas palabras, letra por letra, a fuerza de golpes, no se mueve sola. Alguien la toca,

CARTELLA ALFONSINA

con las manos apoyadas encima. En este caso, era Carlos Hugo o su hermano Francisco. Pero entonces eran movimientos de balanceo que se pueden producir por la voluntad, y que son más sujetos a caución que los golpes dados, porque éstos son producidos por una fuerza invisible. No sería pues imposible que la persona que desempeñaba en este caso el papel de medio haya hecho mover la mesita y dictado ella misma las letras que formaban estas frases, por diversión, o por farsa, todo lo que se quiera. Nada de esto es imposible, pero es inadmisibile, por varias razones.

Sin volver a hablar de las juiciosas observaciones de Vacquerie, a propósito de Mme de Girardin, podemos observar, con respecto a la última poesía, bastante larga, que ha sido necesario: 1º componerla, y 2º aprenderla de memoria. El carácter de los hijos de Victor Hugo no se prestaba ni mucho menos a esta superchería, porque ambos eran extremadamente indolentes. En cuanto a improvisar, letra por letra, respuestas tan espléndidas, Victor Hugo, solo, quizás, hubiera sido capaz, bajo el punto de vista cerebral, y, aun hemos visto que ni siquiera quiso improvisar las preguntas. Pero además, él no tocaba a la mesa.

Aquí, como en los diferentes casos discutidos en mis obras especiales, estamos forzados a admitir que la reunión de personas en asamblea para hacer estas evocaciones crea, momentáneamente, una personalidad física que las resume.

Es nuestro ser subconsciente, nuestro yo subliminal es el que parece obrar, un poco como en el sueño, pero proyectándose, por decirlo así. Aquí, el espíritu dominante y hacierte era evidentemente el de Victor

Hugo, porque en estas manifestaciones había como un reflejo de él mismo. Su pensamiento se exteriorizaba y obraba a distancia sobre el cerebro del medio (Carlos Hugo), que producía las letras y las palabras, por la presión de las manos.

La concentración y la proyección de una o varias energías físicas obran para provocar los resultados observados, resumiendo la mentalidad de los experimentadores.

La hipótesis del fraude debe desecharse en absoluto en estas experiencias honradas. Pero hay una tensión de espíritu, de sugestión, que nos demuestra que el alma y la voluntad obran de una manera anormal. Sin embargo, esta explicación por el subconsciente está lejos de explicarlo todo; ella es insuficiente y deja un puesto a influencias exteriores en el espíritu de los experimentadores; no está científicamente probada. Existe otra cosa, que queda por descubrir, y que no lo será quizás jamás, por la imperfección de nuestros sentidos. Deberíamos comprender que no podemos comprenderlo todo.

He aquí otro ejemplo, que me parece tan misterioso como notable. Estamos siempre en casa de Victor Hugo, en Jersey.

Un día, durante una sesión, un inglés llamó a lord Byron. La mesa respondió: «Aquí estoy, pero no puedo hablar francés». Carlos Hugo tenía las manos sobre la mesa, pero no hablando ni escribiendo la lengua inglesa, declaró que no obtendría nada. Entonces se produjo el hecho extraordinario siguiente: un espíritu se presentó, diciendo que era Watter Scott, y que se encargaba de responder. Al efecto, dictó los dos versos siguientes:

BIBLIOTECA ALFONSO X

Vex not the bard, his lyre is broken,
His last song sung, his last word spoken.

Lo cual quiere decir :

No molestéis al poeta, su lira está rota,
Ya ha cantado su último poema y ha dicho su última palabra.

La mesa había hablado en una lengua desconocida del medio, y no se puede por menos de admirar la elegante concisión de esta respuesta en el más puro estilo inglés. ¿Sería el mismo Walter Scott el que había respondido? No tenemos el derecho de negarlo; pero no está ciertamente demostrado y hasta no es probable ni mucho menos. Los asistentes creyeron sin embargo en la visita de un espíritu extraño al de ellos, y Victor Hugo continuó creyéndolo siempre.

El problema sigue siendo excesivamente complejo. Hay en esto el testimonio de la existencia de *fuerzas físicas desconocidas*. Vivimos en medio de un mundo invisible. Las ondas hertzianas se mueven. La fotografía pone hoy de manifiesto rayos invisibles para nuestros ojos, y hay otras muchas cosas que son igualmente inexplicables.

Por otra parte, la identidad de los espíritus evocados no se muestra aquí ni mucho menos. Entre los firmantes de todos esos dictados he notado los nombres siguientes: la Sombra del Sepulcro, el León de Androcles, la Burra de Balaán, la Paloma del Arca, el Drama, la Novela, la Poesía, la Idea y la Muerte.

Si la « personalidad-reflejo » es la hipótesis explicativa más probable, la hipótesis de la existencia de espíritus anónimos no está eliminada. Digo anónimos, porque ni Esquilo ni Molière han dictado evidentemente las respuestas de que hemos hecho men-

ción. ¿No existiría en el espacio un quinto elemento, no material, un principio de orden físico, un medio mental a estudiar, cuyas manifestaciones confusas se revelarían a veces a nuestros sentidos imperfectos? El problema psíquico no está resuelto.

Por otra parte también, si es el reflejo de nuestros pensamientos, ¿por qué, cuando se piensa en Molière, no se dicta este nombre? ¿Y por qué el pretendido « subconsciente » es tan frecuentemente opuesto al « consciente »? ¿Por qué se obstina la mesa tan frecuentemente en ideas contrarias a las nuestras?

Así se explica muy bien que Victor Hugo haya escrito en *Shakespeare*: « Es del deber de la ciencia sondear todos los fenómenos. Evitar el fenómeno espiritista, es hacer bancarrota a la verdad. »

Para mí, confieso que la creación de estos dos versos ingleses me parece tan misteriosa y tan emocionante como la vista de un ataúd o la profundidad sin límites de la noche estrellada. Es siempre el mismo punto de interrogación formidable: ¿QUÉ SOMOS NOSOTROS?

A estas experiencias de Victor Hugo podría añadir aquí las de mi amigo Eugenio Nus, hechas igualmente en 1852, en el círculo falansteriano de la rue de Beaune, en París. Ellas conducen a la misma conclusión. La reunión se componía de fourieristas, de falansterianos, y el estilo como los pensamientos dictados por la mesa era fourierismo puro. Las palabras aroma, pasional, solidaridal, teclado, compuesto, mariposea, asociación, armonía y fuerza central eran el vocabulario de la mesa.

Como curiosidad, se preguntaban, entre otras cosas, definiciones en doce palabras, y he aquí algunas :

BIBLIOTECA ALFONSINA

Astronomía. — Orden y armonía de la vida externa de los mundos, individual y social.

Geología. — Estudio de las transformaciones del ser planetario en sus periodos y revoluciones de existencia.

Amor. — Eje de las pasiones mortales, fuerza atractiva de los sexos y elemento de la continuación.

Muerte. — Cesación de la individualidad, desagregación de sus elementos y retorno á la vida universal.

Notemos en esta última definición, por un espíritu de suposición, o alma desencarnada, la extraña singularidad, de que declara que la muerte es la *cesación de la individualidad!* Sería difícil estar en contradicción más total consigo mismo. Se responde como cuando se está medio dormido.

En este caso también, es la exteriorización del pensamiento profundo de los experimentadores. Entre éstos estaba el músico Allyre Bureau, y se han obtenido, por los golpes de la mesa, bellas melodías para órgano, especialmente el *Printemps* y los *Chants des Planètes*. No había ni una sola palabra que no estuviera en el espíritu de los asistentes.

Acción inconsciente del alma. ¿Pero cómo?

Hay espiritistas de una fe ciega que están seguros de estar en comunicación con los espíritus. No se puede razonar con ellos, y no me perdonan no participar de sus certezas que han llegado a ser en ellos creencias religiosas. Pero hay otros que comprenden que el método científico solo es el que puede conducirnos al conocimiento de la verdad. Estos han seguido siendo mis amigos. En un paquete de correspondencia acabo de encontrar la carta siguiente que me permito reproducir y que me parece tener aquí su puesto. Está fechada en Burdeos, el 29 de marzo de 1904.

Querido maestro :

Hace unos cuarenta años oí en Burdeos a un anciano hacer elogio de un joven de unos diez y ocho años en condiciones completamente excepcionales. Según él, este hombre era un prodigio, y debía remover el mundo.

Aquel joven era usted.

El anciano era Allan Kardec.

No tengo el honor de conocerle. No le he visto jamás, pero he leído sus obras y admiro el efecto extraordinario que ha producido usted sobre esta pobre humanidad, mostrándole el camino que conduce hacia Dios, hacia el Infinito.

Para obtener resultado en esta vía, era preciso un esfuerzo sobrehumano, porque la mayor parte de las gentes son refractarias al estudio del cielo, y les parece que, no pudiéndose comprender nada de él, no hay nada que hacer sobre el particular; yo he conocido a alguien que tenía miedo de mirar las estrellas.

En mi concepto, lo que domina en la especie humana es la pereza : se prefiere creer la afirmación más absurda que tomarse el trabajo de buscar la causa de un hecho.

Creer en lo imposible parece natural.

Un religioso decía desde el púlpito :

« La prueba de que la religión cristiana es la sola verdadera y la sola divina, es que es la sola que ha producido santos ; todos los santos han sido cristianos ». Esta es un prueba admitida por muchas personas.

Pero debe usted preguntarse por qué le escribo todo esto. Es porque hace quince años que deseaba hacerlo.

Hace quince años atravesé uno de los periodos más penosos de mi vida ; me prestaron uno de sus libros que yo no había leído ; aquel libro me interesó y me hizo mucho bien. Quería verle personalmente para darle las gracias, iba a París con este objeto, pero en el momento preciso encontraba yo tan ridículo ir a molestar a un escritor que no me conocía y que probablemente no me recibiría porque yo no tenía ningún título para ser recibido, que volvía a Burdeos sin haber osado presentarme en su casa.

Hace algún tiempo he tenido la ocasión de conocer á

M. Ribault, receptor del registro en Burdeos, que se digna servirme de padrino para presentarme en la Sociedad astronómica de Francia. « ; Y el otro padrino? le dije— Voy a rogárselo a M. Flammarion ». Yo creí soñar. Como debe usted haber sabido, soy el candidato a la Sociedad astronómica, y a este título es al que me permito escribirle, para no ser un completamente desconocido para usted.

J. BAYARD.

Publico esta carta, entre otras mil, para demostrar que todos los espiritistas no me han guardado rencor por mi método científico. Se puede rechazar el espiritismo y el cristianismo sin dejar de ser espiritualista. Estas son doctrinas completamente distintas.

En mi ávida necesidad de conocer, me había lanzado con ardor, como lo habían hecho otros muchos, en la exploración de este nuevo camino que parecía abierto a la solución del gran problema; desgraciadamente esto no me facilitó tampoco la solución deseada. Aplaudo todos los esfuerzos hechos para descubrir la verdad. La conclusión es, sin contradicción, que existe un mundo psíquico y que el humano está dotado de facultades desconocidas.

Victoriano Sardou ha sido siempre más afirmativo que yo. Él vió, algún tiempo después de la muerte de su hermana, las teclas del piano funcionar solas, y después vió caer sobre su mesa un ramo de flores, estando seguro que era su hermana que se manifestaba de aquella manera.

En esta época tuve un verdadero pesar. A propósito de Langres, he hablado de un camarada que se llamaba Carlos Burdy. Sus padres habitaban en París y él llegó a la capital casi al mismo tiempo que yo.

Pensábamos, hablábamos y vivíamos frecuentemente juntos. Su constitución era extremadamente enfermiza, y la tisis no debía tardar en llevárselo. Por otra parte se felicitaba de no estar condenado a vivir eternamente enfermo, morir bien pronto (a los veinte años) y poder venir en seguida a manifestárseme para decirme lo que era de él. Su promesa era tierna, segura y su voluntad bien firme. Pero jamás he recibido de él la menor manifestación de ningún género.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID